

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 58, 7-10): *Surgirá tu luz como la aurora.*

Salmo (111, 4-5.6-7.8a y 9) *«El justo brilla en la tiniebla como una luz»*

2ª lectura (1ª Corintios 2, 1-5): *Os anuncié el misterio de Cristo crucificado.*

Evangelio (Mateo 5, 13-16): *Vosotros sois la luz del mundo.*

«*Vosotros sois la luz del mundo*». Imagen poderosa para expresar la identidad cristiana y la misión a la que hemos sido llamados. Imagen potente para que podamos comprender la grandeza de ser cristianos. Para ser luz. Si alguien nos preguntara hoy, y nos lo preguntan sin palabras, qué es eso de ser cristiano, podríamos responder con esta imagen, que nos llega del mismo Jesús: ser cristiano es ser luz en medio del mundo. A eso hemos sido llamados y en eso nos afanamos, con todas nuestras sombras.

Así lo expresamos en el rito del bautismo cuando se les dice a los padres y padrinos: “*Recibid la luz de Cristo. A vosotros, padres y padrinos se os confía acrecentar esta luz. Que vuestro hijo, iluminado por la luz de Cristo, camine siempre como hijo de la luz*”. La luz es Jesús, en la que podemos encender nuestras vidas y podemos, así, ser luz en medio de la vida.

Ser luz para disipar las oscuridades que entristecen nuestro mundo; nuestro pequeño mundo, cercano y cotidiano, el de todos los días; y el mundo grande, global que, tantas veces, nos deja sin aliento. Ser luz. Llevar un poco de luz a la oscuridad de mil cansancios, soledades, discordias, sinsabores de la vida, deshumanización de relaciones, etc.

Y, si miramos la casa común, la tierra de todos, hacer posible la luz del día para una humanidad en la que mucha gente, muchos pueblos, viven en la oscuridad de la pobreza, la injusticia y el olvido. Nos lo ha dicho el profeta Isaías en la primera lectura: ***«Parte tu pan con el hambriento, hospeda a los pobres sin techo, cubre a quien ves desnudo y no te desentiendas de los tuyos. Entonces surgirá tu luz como la aurora».***

Es cierto, hay personas que, por su modo de ser, por su etilo de vivir, por su humanidad, por su seguimiento fiel de Jesús, son luz para otros. Personas con un corazón grande, capaces de compadecerse del dolor ajeno, que ponen paz y concordia donde un día apareció el enfrentamiento, que se hacen compañía donde apareció la soledad, que pierden de lo suyo para que ganen los desfavorecidos, que no se buscan a sí mismos, sino que buscan a los que se perdieron o perdimos.

Es posible que la luz de Cristo que la Iglesia encendió en nosotros, simbolizada en aquella vela del bautismo, la hayamos escondido debajo del celmín (debajo de las cosas, de las preocupaciones, de la inconsciencia, la costumbre, la falta de fe). Es posible. Por eso necesitamos volver a escuchar a Jesús, que nos dice hoy como entonces, con la misma fuerza: ***«Vosotros sois la luz del mundo».*** Escuchemos a Jesús. Seamos su luz en medio del mundo.

Frente a un mundo en el que la confusión y la corrupción se denuncian como elementos frecuentes y abundantes que desestabilizan la paz y bienestar entre los hombres, el evangelio proclama la necesidad de que el cristiano mantenga su condición de luz y sal del mundo. Luz para iluminar y esclarecer la verdad del misterio salvífico de Dios y sal para preservar la integridad y lozanía de la buena nueva.

De ahí la necesidad de que los cristianos no olvidemos ni descuidemos el cometido que nos reclama el evangelio. Sin pretender ninguna exclusiva ni monopolio, el cristiano ha de sentirse responsable del deterioro que ocurre en el mundo actual y ha de contrarrestar con su criterio y conducta otros comportamientos que se apoyan en razones oscuras y fines poco limpios. La tarea no es fácil, pero sí clara y bien definida.

Así dice el Señor: ***«Parte tu pan con el hambriento, hospeda a los pobres sin techo, viste al que va desnudo, y no te cierres a tu propia carne».*** Entonces romperá tu luz como la aurora, enseguida te brotará la carne sana. Sonará con claridad la voz de la justicia que se apoya en la generosidad y no en el egoísmo de quien se cierra a sí mismo. Desterrar la opresión, el gesto amenazador y la maledicencia es respetar y aceptar como algo propio la pobreza e indigencia de los demás; es responsabilizarse de las carencias ajenas con toda la dificultad que supone el debido respeto por la libertad de quienes se niegan a compartir el esfuerzo necesario e ineludible para salir de una situación deplorable.

Sólo con comprensión y generosidad sin límites, sin caer en la fácil solución de acallar la conciencia con limosnas y no con el esfuerzo por implantar un orden social más justo, se puede evitar el atropello, la amenaza y la maledicencia contra aquellos que no secundan los criterios que nos permiten vivir en paz encerrados en nuestra propia comodidad. No debe asustarnos la dificultad y aventura de una actitud que debilita nuestra seguridad en los razonamientos del mundo; no olvidemos que el cristiano debe apoyar su criterio y su conducta en el poder de Dios, en la manifestación del Espíritu, no en la sabiduría de los hombres.

Corresponde al cristiano de hoy como al de ayer salar e iluminar la relación entre las razones del mundo y las razones del Espíritu de Dios. Para ello debe cuidar de que la sal no se vuelva sosa; debe esmerarse para que el anuncio del evangelio dé verdadero sabor a la vida, provoque el apetito de quienes lo escuchan, regenere la ilusión por la salud interior e incremente el bienestar de quienes se nutren de la Palabra de Dios. Tampoco puede el cristiano descuidar ser luz y claridad frente a las razones del mundo; no debe esconderse ni refugiarse en el misterio, sino anunciarlo con toda la sabiduría que emana del poder de Dios y que nos regala la acción del Espíritu.